

PLEGARIA ARDIENTE Y ANGUSTIADA. **(Fray Luis de León)**

SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ, C.M.F.
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

I. ENCUENTRO

– Fray Luis, Fray Luis.

* ¿Quién va?. ¿Quién aquesta mísera morada intenta visitar?

– Gente de la paz, Fray Luis. Gente de paz y de esperanza. Soy un futuro devoto tuyo. Tuyo, y de tu verbo exacto, sentido, humano, clásico ya con tus Clásicos: Virgilio, Horacio, Petrarca, Garcilaso...

* Y, ¿qué quieres saber de mí, discípulo en lontananza?. ¿Acaso eres de mi gremio religioso?

– Pues sí soy de tu gremio, como religioso. Y quisiera serlo como amante de tu vastísima obra literaria. ¿Puedes decirme algo de tu vida?. Y luego, admíteme a tu “sancta sanctorum”, para orar unos momentos contigo.

* ¿Es que mi cuitada vida te interesa?. Hasta los últimos años, ¡cuánto avatar!, ¡cuánta rencilla!, ¡cuánta intriga, incluso entre la clerecía, los frailes y las gentes de letras!...

Parióme mi madre, allá, por Belmonte, no lejos de Cuenca, la ciudad encantada. Soy de natural vivo, soñador y melancólico. Me queman las desventuras de la raza humana. He sido fogueado por ilusiones sin cuento y lanzado a horizontes sin fronteras.

– Ya sé que eres un volcán contenido y reducido a esta inhóspita prisión, donde tragas tus desventuras envueltas en lágrimas amargas.

* En mi familia hubo de todo: gentes de armas, de togas y de haciendas; nobles y eclesiásticos y hasta gente palaciega. Lenguas viperinas acentuaban y vilipendían mi ascendencia de judaizante y de converso. Tuve una estudiosa juventud, y los primeros descalabros en Biblia. Después de mucho esfuerzo, almacené licenciados y doctorados. Me apasionó la Teología Bíblica y Moral, la Filosofía; las Humanidades me fascinaron. Con todo ese bagaje, escribí obras que gustaron a muchos, pero que –las más atrevidas– dieron lugar a la celotipia de algunos.

– Sí, tu afán literario te impulsó a traducir el “Cantar de los Cantares” al Castellano. Eso te valió improperios de solapados adversarios. Y, sobre todo, la actuación de la “Santa” –que dirá más tarde el pintor Goya– tratándote de modo inmisericorde.

* Pues eso, por la Inquisición, la Santa Inquisición, me veo aquí, privado de luz y de libertad. Dios sabe hasta cuando...

– Pero, el mundo se hace lenguas de tí, sobre todo la juventud estudiantil, las esferas abiertas de la Iglesia, y multitud de sinceros amigos. Y, por lo que barrunto, no está lejana tu liberación. Y serás como un ave de alto vuelo, como siempre lo has sido. Quiero, sin embargo, después de este anuncio, orar contigo. Sé que tu plegaria en esta noche larga y oscura, será acepta a Dios y beneficosa para tantos y tan afinados espíritus, para tantos discípulos como te veneran.

Después de meditar unos minutos, nos despedimos. No había holgura para mucho platicar.

Fray Luis de León me entregó una carta, y me dijo:

– Léela sosegadamente. Escrita está por mi propia mano; con el temblor amoroso –y sin maledicencia ni envidia– de un Agustino encarcelado. Léela allá, en cualquier parte donde el aire no esté preso, libre tú, como los pájaros; léela en ese lugar, donde:

“Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que, con la primavera,
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto”.

Léela, y léesela a tus amigos, y a gente que me quiera. Léesela, sobre todo a quien ame a Cristo y a su Santísima Madre.

II. EL POEMA

Pudo pasar un instante. Pudieron pasar siglos. Heme aquí sosteniendo, conmovido, el papel escrito por Fray Luis de León.

Antes de leerlo, quiero decirles que el Insigne Agustino, después de cuatro años en ella, salió de la cárcel de la Inquisición, y que, ante la apiñada turba que abarrotaba aulas y pasillos, su saludo fue: “Dicebamus externa die”: el entrañable y famoso “decíamos ayer”. Leí entonces el admirable escrito; y lo leí, a campo abierto, con la brisa amiga, oyéndome el mirto y el espliego, las perdices y la abubilla, los airosos chopos y el agua cantarina.

Esta que nos legó, es una sentida y ferviente oda. Está compuesta, no por octavas de décimas, sino por una especie de raras “undécimas”, o las llamadas “estancias italianas”. Son estrofas de 11 versos, que riman –todos en consonante–, de la siguiente manera:

el primero y el quinto,
el segundo y el cuarto,
el tercero, sexto y séptimo,
el octavo y el décimo,

el noveno y el undécimo.

De los once versos, el 1a, 4b, 7c y 10d son heptasílabos.

el 2B, 3C, 5A, 6C, 8D, 9E y 11E son endecasílabos.

Transcribo la primera estrofa, guía de todas:

- 1.º a. –Virgen que el sol más pura,
- 2.º B. Gloria de los mortales, luz del cielo,
- 3.º C. en quien es la piedad como la alteza;
- 4.º b. los ojos vuelve al suelo,
- 5.º A. y mira un miserable en cárcel pura,
- 6.º C. cercado de tinieblas y tristeza;
- 7.º c. y si mayor bajeza
- 8.º D. no conoce ni igual juicio humano
- 9.º E. que el estado en que estoy por culpa ajena,
- 10.º d. con poderosa mano
- 11.º E. quiebra, reina del cielo, esta cadena.

Toda la oda es plegaria fervorosa y queja. Es alabanza a la Virgen y grito angustioso para que lo saquen de tal postración. Se atisba una cierta ojeriza a sus enemigos, que nunca llega a pedir venganza ni está hostigada por la revancha. No vamos a desentrañar los sentimientos todos. No deseamos descifrar severos motivos contra la sentencia justiciera, ni las violentas y contenidas lamentaciones de Fray Luis. Nos fijaremos, sí, en las flores, jaculatorias y loas que a la Virgen lanza este Religioso profundo y vivaz. Todo ello prueba una acendrada devoción a la Madre de Cristo, cuyo nombre puedo haber comentado junto con el Cristo Jesús Salvador, en su ya entonces admirado “Los Nombre de Cristo”.

Aquí manifiesta el Fraile su sabiduría escriturística y literaria, su fe en María, y María Inmaculada, y su alta mística que ya había expresado en la traducción del Cantar de los Cantares a la lengua vulgar, (la principal razón esgrimida para delatarlo a la Inquisición sus adversarios. Fue escrito este poema por Fray Luis de León, estando encarcelado en Valladolid, por obra de la Inquisición, hacia el año 1573. Bellísima oda, cantada como por un ruiñeñor enjaulado, por este preso religioso, bibliófilo, prestigioso mentor de las más encumbradas Letras Españolas. Consta esta composición de nueve estrofas de once versos una –la llamada, como hemos dicho: estancia italiana–. Son así 99 versos, a los que une otros 5 que constituyen la lira última con que concluye su canto. Son endecasílabos los versos 2.º, 3.º y 5.º; son heptasílabos el 1.º el 4.º verso de esta lira final.

Como devoto ferviente de la Virgen María, este ilustre hijo de San Agustín comienza cada estancia invocando a la Madre de Dios y acaba con un ahogado grito pidiendo ser liberado del estado en que se encuentra. Vale la pena considerar toda la poesía, porque su exégesis consiste fundamentalmente en meditarla.

En algunos lances aparece claramente su creencia y firme devoción y su confianza en la Inmaculada:

Así: “Virgen que el sol más pura” (1.ª)

“Virgen en cuyo seno
halló la Deidad digno reposo” (2.ª)

“Virgen y Madre junto
de tu Hacedor dichosa engendradora” (3.^a)

“Virgen del sol vestida
de luces eternas coronada” (4.^a)

“Virgen por quien vencida
llora su perdición la sierpe fiera” (5.^a)

“Virgen del Padre Esposa,
dulce María del Hijo, templo santo
del inmortal Amor...” (7.^a)

Como Fray Luis me aconsejó en aquella rara ensoñación, leamos su ardiente y angustiada Plegaria:

Virgen que el sol más pura,
gloria de los mortales, luz del cielo,
en quien es la piedad como la alteza;
los ojos vuelve al suelo,
y mira un miserable en cárcel dura,
cercado de tenebras y tristeza;
y si mayor bajeza
no conoce ni igual juicio humano
que el estado en que estoy por culpa ajena,
con poderosa mano
quiebra, Reina del cielo, esta cadena.

Virgen, en cuyo seno
halló la Deidad digno reposo,
do fue el rigor en dulce amor trocado,
si blando al riguroso
volviste, bien podrás volver sereno
un corazón de nubes rodeado;
descubre el deseado
rostro, que admira al cielo, el suelo adora;
las nubes huirán, lucirá el día;
tu luz alta, Señora,
venza esta ciega y triste noche mía.

Virgen y Madre junto,
de tu Hacedor dichosa engendradora,
a cuyos pechos floreció la vida;
mira cómo empeora
y crece mi dolor más cada punto;
el odio cunde, la amistad se olvida;
si no es de ti válida

la justicia y verdad que tú engendraste,
 ¿a dónde hallará seguro amparo?
 Y, pues Madre eres, baste
 para contigo el ver mi desamparo.

Virgen del sol vestida,
 de luces eternas coronada,
 que huellas con divinos pies la luna;
 envidia emponzoñada,
 engaño agudo, lengua fementida,
 odio cruel, poder sin ley ninguna
 me hacen guerra a una;
 pues contra un tal ejército maldito,
 ¿cuál pobre y desarmado será parte,
 si tu nombre bendito,
 María, no se muestra por mi parte?

Virgen, por quien vencida
 llora su perdición la sierpe fiera,
 su daño eterno, su burlado intento;
 miran de la ribera
 seguras muchas gentes mi caída,
 el agua violenta, el flaco aliento;
 los unos con contento;
 los otros con espanto; el más piadoso
 con lástima la inútil voz fatiga.
 Yo, puesto en tí el lloroso
 rostro, cortando voy onda enemiga.

Virgen, del Padre Esposa,
 dulce Madre del Hijo, templo santo
 del inmortal Amor, del hombre escudo,
 no veo sino espanto.
 Si miro la morada, es peligrosa;
 si la salida, incierta, el favor mudo,
 el enemigo crudo,
 desnuda la verdad, muy provehida
 de armas y valedores la mentira:
 la miserable vida
 sólo cuando me vuelvo a tí respira.

Virgen que al alto ruego
 no más humilde sí diste que honesto,
 en quien los cielos contemplar desean;
 como terrero puesto,

los brazos presos, de los ojos ciego,
 a cien flechas estoy que me rodean,
 que en herirme se emplean.
 Siento el dolor, mas no veo la mano,
 ni me es dado el huir ni el escudarme:
 quiera tu soberano
 Hijo, Madre de amor, por ti librarme.

Virgen, lucero amado,
 en mar tempestuoso clara guía,
 a cuyo santo rayo calla el viento;
 mil olas a porfía
 hundan en el abismo un desarmado
 leño de vela y remo, que sin tiento
 el húmido elemento
 corre, la noche carga, el aire truena;
 ya por el cielo va, ya el suelo toca,
 gime la rota antena;
 socorre antes que embista en dura roca.

Virgen no inficionada
 de la común mancilla y mal primero,
 que al humano linaje contamina;
 bien sabes que en ti espero
 dende mi tierna edad; y si malvada
 fuerza que me venció ha hecho indina
 de tu guarda divina
 mi vida pecadora, tu clemencia
 tanto mostrará más su bien crecido,
 cuanto es más la dolencia,
 y yo merezco menos ser valido.

Virgen, el dolor fiero
 añuda ya la lengua, y no consiente
 que publique la voz cuanto desea;
 más oye tú al doliente
 ánimo que contino a ti vocea.

Siguiendo en imaginación y en ensueño, unos escogidos amigos y yo quedamos absortos en aquel idílico paraje de la Flecha, hasta que unas confusas voces, creciendo en audaz y regocijado griterío nos vinieron a decir que Fray Luis de León era hombre libre. Nos volvimos a Salamanca, cuando ya, desde las encumbradas y sapientes aulas, hasta las callejuelas o las tabernas, la piedra salmantina llevaba inscrita la famosa y lapidaria frase acuñada por el Fraile, prisionero durante varios años: "Decíamos ayer". Y teníamos razón, Fray Luis; porque si para tí en la cárcel cada instante se te hacía como una hora, cuando en la libertad volviste, cada año se te hacía como un instante.

III. EVOCACIÓN

Envuelto en el ensueño, di un paso por la ciudad de la Clerecía y de la ciencia. Salamanca, la ciudad universitaria por excelencia. Salamanca, la primera ciudad con la que se encontró –admirada– mi niñez, cuando mi padre –carpintero– me llevó a que viera la feria de maderas en San Mateo. Ocho años tenía yo cuando me maravillaba ante tanos edificios, que, acariciados por el primer sol, me parecían de oro. Mi padre compraba allí maderas para hacer carros de labranza, y yugos y cubas y armarios; y yo me arrogaba ufano el derecho y el deber de ayudarle. Allí nació mi vocación a la talla de Cristos o de Inmaculadas.

Sumergido, a mi modo en la admirable ciudad, sentí el vivo reclamo de mi tierra chica, de la tierra del pan, y visité Villalpando, tierra zamorana de votos en favor de la Inmacula, Villalpando, que nos recuerda a Belén (casa del Pan), donde hasta no hace mucho, al toque del Angelus, todo mundo rezaba, parando sus tareas, en el campo, en la Iglesia, en las calles, en las casas.

Y de allí, furtivamente, gozosamente, me metí en mi pueblo: Bretó de la Ribera, puntito imperceptible en la piel de España. Bretó, recostado a la vera del Esla, despierto o dormido –siempre soñando–. El padre río Esla, con sus afluentes el Tera y el Cea, que siempre en mis tiempos de catecismo me parecieron un símbolo trinitario. Sus aguas límpidas, donde podían espejarse las percas y los barbos, las bogas o las anguilas. fue el río Esla, que cuando se salía de madre, llegaba a lamer los maderos que mi padre arrumbaba contra las paredes del taller, fue el Esla el que nos trajo la noticia: un gran cabalgata salía de Benevante (a 14 Kms., por las trochas). Era el Rey con sus vasallos, Fernando III, Fernando el Rey Santo. Y, enseguida, la comidilla de mi diminuta aldea natal. ¿A dónde va tan augusta procesión? ¿Quiénes y cuantos son?. Es el Rey Santo Fernando III, quien con todo su séquito marcha a tierras del sur. Diz que lleva (porta) una imagen chiquitina de la Virgen Inmaculada, sita en el arzón de su regio caballo.

Y los más enterados comentan: va el Rey Fernando por la ruta de la plata, al fulgor de la luna, y va a Córdoba, donde la luna es más luna, donde la plata es más plata.

Al pasar por el pueblecillo atónito, todo es júbilo y aplausos y miradas relucientes. Pero allá, por la sierra de la Culebra, se ciernen densos y negrísimos nubarrones: es el infernal dragón que quiere tragarse a la Virgen y al Rey. Entonces todos los niños y niñas, coronados de flores mayas, de flores de manzanilla, de morados lirios silvestres, en sus manos tomillos y romeros, espantan la tormenta con sus cantos, calderería infantil irreprimible:

“Tente, nublaro
no te caigas en el prao,
que viene la gente
de Benavente
comiendo torta caliente”.

Tortas y mantecados y maragatos para la Cabalgata del Rey Fernando que lleva a Córdoba la imagencica de la Virgen Inmaculada. A Córdoba romana, a Córdoba mora. A Córdoba, donde hay muchísima gente (toda la gente, digo yo en una libretita que he encontrado en mi casa, de hace cincuenta años) que sabe leer

y escribir. A Córdoba, donde los hombres son sabios y sentenciosos como Séneca. A Córdoba, donde las mujeres son bellas como huríes, y tiernas y generosas como Victoria o Flora o Paloma, generosas hasta el martirio.

Y la regia comitiva se perdió por las rutas de la plata, y llegó a Sierra Morena, y pasó las minas de plata romanas, y se ancló en las estribaciones de la Sierra, y se aposentó en aquella bendita tierra a la que todos ansiábamos llegar algún día. ¿Sería este ensueño como una premonición?

Llegó la Inmaculada de Linares, transportada por el Rey Fernando, el 1236, cautivó a toda la ciudad y provincia con su resplandor y sus encantos.

Y Córdoba la recibió con su luna, que colocó bajo los pies de la imagencita, y con su plata, con la cual Eloy (y todos los plateros cordobeses), le labraron agosto trono:

“El platero celestial
de Dios, el eterno Padre
una joya hizo tal
que en ella puso el caudal
porque fue para su Madre”.

IV. EPÍLOGO

¡Y quién iba a decir en aquel entonces, que, saliendo de los círculos del sueño, iba a topar yo con la incomparable y amiga Córdoba!. Y que labrarían mis manos una imagen de la Virgen Inmaculada, recordando y recogiendo los símbolos de la Imagen pequeña que trajo Fernando el Santo desde mi tierra benaventana.

Pues ahí la teneis, queridos amigos, junto a la Fuensanta, la compatrona de Córdoba. Está en la Iglesia-Parroquia de Nuestra Señora de Linares. Labrada en cedro, enteriza, con ademán andariego invitando a caminar, con el Niño Jesús delante, caminando también (“yo soy el camino, la verdad y la vida”), en los pies, la luna; con una corona de estrellas, de madera también, bella, como la carne-bella, aromática, bíblica, perenne.

Ahí la deajo, como expresión de nuestra devoción a la Inmaculada, que rememore el cariño que a Córdoba tenemos quienes, sin nacer en ella, a ella hemos venido a dar, en ella vivimos y trabajamos con íntimo gozo.

Queden con ella estos versos, que, lejanísimos del estro de Fray Luis, quisiera estuvieran muy cercanos en el afecto a esta entrañable tierra y en la devoción a la Madre de Cristo:

MARÍA INMACULADA

Jamás llegó a Ti el vaho de la escoria
ni empañó leve niebla tu hermosura.
La fuerza de tu luz, divina albura,
sobre el mal lleva inscrita tu victoria.

Del linaje de Adán eres la gloria.
Compedias en tu ser el aura pura

de Dios; y de tu Cristo la ternura,
por tu faz, se derrama en nuestra historia.

Palmera de Sión que al cielo alcanzas
y ennobleces la tierra con tu talle:
Tú nos colmas de gozo y de esperanzas.

Bien venida al azul de nuestro valle:
Surgirá nuestra vida renovada
para cantarte siempre INMACULADA.